

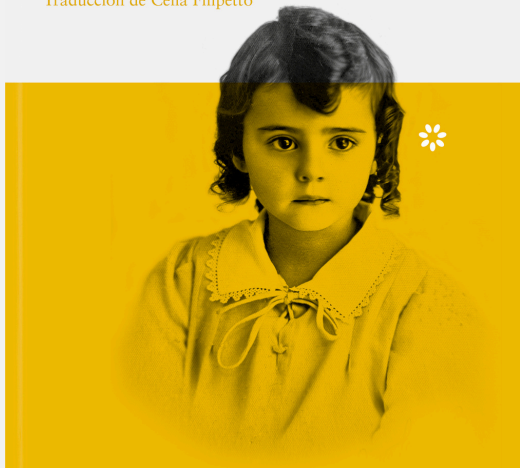
Fabrizia Ramondino
Guerra de infancia y de España
Prólogo de Daniel Capó

**El redescubrimiento de una gran
autora de las letras italianas, admirada
por Elsa Morante y Natalia Ginzburg.**



Libros del Asteroide*

Fabrizia Ramondino
Guerra de infancia y de España
Prólogo de Daniel Capó
Traducción de Celia Filipetto



Fabrizia Ramondino

Guerra de infancia y España

Prólogo de Daniel Capó

PVP: 26,95 euros

PVP eBook: 13,99 euros

ISBN: 978-84-10178-11-3

Tamaño: 14 x 21,5 cm.

Páginas: 504

Traducción: Celia Filipetto

2 de septiembre en librerías

Una joya de la literatura italiana, el relato de una infancia en Mallorca durante la guerra civil.

Titita, una niña curiosa y traviesa, hija del nuevo cónsul italiano en Mallorca, pasa sus días en un continuo encuentro y desencuentro con todo aquello que la rodea, explorando el jardín exuberante de la villa donde vive con su familia y aprendiendo a nombrar cada cosa en tres idiomas diferentes. Estamos en 1937, la guerra civil hace estragos en España y está a punto de estallar un conflicto mundial sin precedentes. A medida que crece, a Titita le cuesta cada vez más conciliar la sensación de libertad que percibe en la naturaleza con la incomprensible severidad del universo adulto.

En esta novela que mezcla ficción y memoria, Fabrizia Ramondino emprende un viaje maravilloso a la interioridad de la protagonista, recorriendo las contradicciones de la niñez y el microcosmos secreto y siempre cambiante que es la personalidad en formación. A través de la mirada lúcida y soñadora de la infancia, la vida mallorquina de la época adquiere un brillo especial. Publicada en 2001 y considerada ya un clásico de la narrativa italiana contemporánea, este libro es un singular testimonio del pasado español que confirma cómo a menudo es la atenta mirada de un niño la que es verdaderamente capaz de contar la realidad en su plenitud.

Fabrizia Ramondino

(Nápoles, Italia, 1936 - Gaeta, Italia, 2008) fue una escritora italiana. Desde niña viajó mucho debido a la profesión de su padre, que era diplomático. Recibió una educación cosmopolita que se plasmaría en obras como 'Guerra de infancia y de España' (2001; Libros del Asteroide, 2024), novela inspirada en su niñez en Mallorca durante la guerra civil. En la década de los sesenta volvió a su ciudad natal y allí se volcó intensamente en la enseñanza y el compromiso social. Su eclecticismo la llevó a explorar los campos de la narrativa y el reportaje, la autobiografía y la poesía. Consiguió varios reconocimientos desde su ópera prima, Althénopis, publicada en 1981 gracias al apoyo de Elsa Morante y Natalia Ginzburg, admiradoras de la obra. Entre sus libros destacan 'Historias de patio' (1983), 'In viaggio' (1995) y 'L'isola riflessa' (1998), entre otros.

«Esta obra va directa al olimpo de la literatura más alta y conmovedora, la que queremos siempre con nosotros a lo largo del camino.»

Nadia Terranova

«Fabrizia Ramondino entra con pleno derecho en la historia de la gran literatura.»

Goffredo Fofi

«Una obra maestra de encantadora belleza.»

Marco Rossari (La Repubblica)

«A Ramondino le corresponde, sin ninguna duda, un protagonismo de primer plano en el canon literario contemporáneo, sobre todo por la claridad, la elegante precisión y la profundidad de su escritura.»

Il Mattino

«El universo poético de Fabrizia Ramondino, rebelde, libre y humano como pocos, es una mina en la que es maravilloso ahondar.»

Mario Martones



Ramondino y Mallorca

«Era el 13 de febrero de 1937. El cónsul Luigi Ferdinando Baldaro se disponía a partir hacia España para tomar posesión de su cargo en Mallorca. En el puerto de Nápoles, pintada de azul y blanco, una corbeta soñolienta se fingía barco de crucero; pero en realidad, con poderosos motores trucados conducía a Mallorca a la familia del cónsul y a un grupo de asesores y espías.»

Así empieza ‘Guerra de infancia y de España’, de Fabrizia Ramondino, obra en la que la escritora italiana novela su primera infancia en las Islas Baleares. Luigi Ferdinando Baldaro es en realidad, su padre, Ferruccio Ramondino, cónsul italiano en España. Designado a principios de 1937 tras una década en Pekín, Ferruccio, diplomático culto y elegante, graduado en chino mandarín por L’Orientale de Nápoles, desembarcó en Mallorca junto a su mujer, Pia Mosca, y su familia, para llevar a cabo el encargo de Benito Mussolini de asentar en el archipiélago un punto de control sobre el Mediterráneo. A partir de aquí, realidad y ficción, se ponen al servicio de Fabrizia Ramondino para hilvanar la historia de Titita, ‘alter ego’ de la escritora, en Son Batle, casa señorial mallorquina, paisaje iniciático del despertar a la vida de una niña fascinada por el mundo que la rodea y las sensaciones que este le suscita. «¿Qué importan la verdad o la mentira si sirven al verdadero relato de la vida?», se pregunta Daniel Capó en el prólogo del libro.

El jardín de Son Batle

«La fachada de la casa tenía forma de iglesia rural. La coronaba una cruz. En su interior, en cambio, la planta recordaba la de un convento, con sus cuartos que daban al patio. Y aquella casa en forma de iglesia y convento, de la que me llegaban normas y cuidados, se oponía al mundo del jardín, donde yo crecía como las plantas y las flores.»

«Y en el invernadero mamá me enseñó las nepentes, que atrapaban insectos, y me habló de unas orquídeas que directamente se los comían. ¿Cómo podía ocurrir algo tan monstruoso? Y me atormentaba de nuevo la idea de que yo a mi vez pudiese ser comida. Tras reflexionar una vez más sobre el asunto, tuve la impresión de que la relación entre las flores y los insectos no podía ser del todo similar a la que había entre quien comía y era comido. Demasiado festiva parecía aquella comida, como un baile. Yo cavilaba sobre estos razonamientos y no encontraba respuesta. Y un buen día, sentada en el suelo, perezosa, cansada de juegos, con los ojos perdidos en el encaje de luces y sombras de un túnel de trepadoras, reconocí de golpe en ese mismo encaje unas facciones, como de caras unidas, y me dije: “¡No comen, se besan!”».



NOTA DE PRENSA

El mallorquín

«Además del castellano y el italiano, que tenía en común con mis padres, había otra lengua secreta que ellos ignoraban pero que yo compartía con el servicio de la casa, con mi amigo Paco, con la gente del patio de Dida y a veces también con mis hermanos menores: el mallorquín. Esa lengua representaba mi riqueza y mi poder respecto a mis padres, pero marcaba también, además de una distancia insalvable con ellos, una comunión con el mundo de los pobres, que me parecía que mis padres ignoraban. Todo esto era para mí una clara fuente de contradicciones, pero me revelaba al mismo tiempo la dinámica de las relaciones entre clases sociales, descubrimiento que desde entonces creo que ha condicionado mi vida.»



La identidad

«En el umbral del cuarto de baño, toda sudada, con las mejillas rojas, Dida se secaba las manos extasiada y exclamaba, «Que bonica!». Dócil, me dejé poner el pelele de colores y los zapatos. Salí del cuarto, mi abuela me llevaba de la mano. Fuimos al jardín. Cuando me ponían el pelele de colores yo ya sabía, de hecho, que me llevarían al jardín. Pero cuando me ponían el blanco, con el gorro de tela blanca y ala ancha, estaba segura de que me llevaban a la playa. Todas las mañanas me preguntaba, “¿Qué me pondrán hoy? ¿Qué debo ser hoy?”. Tenía, de hecho, infinidad de vestidos. [...] A veces abría el armario y pensaba, “¿De qué quieren consolarme con todos estos vestidos?”. Otras veces, “Si de veras fuese una princesa, serían largos hasta los pies”. Y en otras ocasiones me preguntaba, “Pero ¿de quién son?”. “Son tuyos”, me contestaba, y añadía, “Tuyos significa yo”.»

«Solo el cura bebía el vino, a las monjas que comulgaban les daba un trocito de pan. “¡Yo de mayor también beberé vino! ¡No me conformaré con el pan!”», pensaba yo.»

«El mundo era un caleidoscopio. El orden y el desorden nacían el uno del otro. La ausencia y la presencia estaban separadas por distancias imperceptibles que de repente se hacían inmensas, para volver a ser otra vez imperceptibles. El tiempo era como una goma elástica. Los sonidos y los colores tampoco estaban separados: el frufrú de la cola del pavo real formaba una unidad con el abrirse de la cola irisada. Y, mezclando las percepciones, también oía los sonidos de las cosas que veía, percibía sus sabores y sus olores, aunque no los tuviesen, aunque fueran mudas. Contemplaba las cosas o bien oía sus sonidos apoyada en mamita o en Dida. Por otra parte, ¿dónde terminaba mamita y empezaba Dida? Mis brazos las unían en un solo cuerpo, yo misma estaba unida a ellas; no era un abrazo, sino una maraña.»

Los criados y la percepción de clase



«Por ello, en lugar de preguntarle qué era la democracia le pedí que me hablara de las hormigas. Y papito me contestó: —Son precisamente la imagen de la democracia. —Al ver mis ojos interrogantes añadió—: Quiero decir que son todas iguales, todas llevan cargas pesadas, viven todas juntas en una especie de falansterios como los pobres en la antigua ciudad de Ostia, y cuando una hormiga muere a nadie le importa.

—Entonces ¿no tienen obispos, no tienen reyes, no tienen cementerios, no tienen criadas? —pregunté.

—¡No, no tienen obispos, no tienen reyes, no tienen cementerios, no tienen criadas! —repitió papito riendo.

—Pero papito, ¿quién hace de criada a nuestras criadas? —pregunté. Papito me miró con cara rara y luego contestó:

—Hay quien se ocupa de sus intereses generales.

Yo no sabía lo que eran esos intereses generales, pero no pude preguntárselo, porque papito se puso a leer el periódico.»

«La campesina me ofreció un huevo recién puesto para que lo sorbiera. Los nietecitos me miraban fijamente, maravillados; una niña de mi edad, con envidia. Le di el lazo rosa que llevaba en el pelo y nos quedamos frente a frente —yo sopesando la cáscara del huevo vacío que seguía intacta, ella, el lazo—, cada cual perdida en el secreto de la existencia de la otra, ahora mirándonos a los ojos sin sonreír pero sin hostilidad, ahora observando el objeto que teníamos en la mano, emblemas delicados y ligeros de nuestra diversidad, pero unidos por su nueva naturaleza de juguetes.»

« —Dida, yo también quiero pan y salchichón, no quiero las galletas de Francesca —decía yo.

—¡Luego no tendrás hambre, te dolerá la barriga! Vamos a casa del marqués de Albuquerque, y en lo del marqués no se come pan y salchichón, se come pastel de riñones, helado de albaricoque, tarta de fresas. —Pero yo insistía—. ¡Ay, Dios mío, la boca te olerá a salchichón! —exclamaba Dida—. ¿Qué dirá el marqués de Albuquerque?

—Solo un poquito, Dida.

Y Dida me daba un trocito, mientras Pedrón le daba otro a Carlito.

—¡Anita se porta mejor que vosotros! —decía luego Dida.

—Cuando Anita sea mayor, comerá montañas de pan y salchichón para hacerte rabiar. ¡No se contentará con una sola lonchita! —apuntaba yo.

—¡Dios mío! ¡Que no se diga que hago pasar hambre a los niños! —exclamaba Dida.»

NOTA DE PRENSA

La guerra

«Siguió una semana de comidas oficiales y recepciones. De Italia llegaron, uno tras otro, varios aviones. Los oía a veces sobrevolar la casa. Papito levantaba la vista y saludaba. Mamita se asomaba al balcón, fumaba un cigarrillo. En el puerto atracaron los barcos de guerra. Mamita nos llevó a verlos desde la terraza del Café de la Unión. En cada uno de nuestros helados iba enrollada una galleta de pistacho en forma de espiral, como si fuese una hélice que hubiese servido para transportar la nieve de la sierra hasta aquella tarrina. Los barcos brillaban fríos en el puerto. En el sabor del helado me pareció notar un regusto como a hierro, todo disimulado con azúcar y esencia de albaricoque. La galleta de pistacho tenía el color de los trajes de camuflaje de los paracaidistas.»



«Poco después se reanudaron los bombardeos. El contraste entre luces y oscuridad, silencio y fragor era excesivo. Así, Carlito y yo volvimos a tener miedo, a escondernos debajo de las mantas; y una vez más nos vimos obligados a pensar que las cosas del día estaban llenas de «¡hiii, hiii!», alegres como el relincho del caballo, y que la noche estaba poblada de cosas tremendas, de «¡uuuh, uuuh!» y de «¡urruuu!». Entonces recordé que, cuando había explorado con Ignasi y Carlito el cuerpo de la noche con una lámpara, había encontrado una salida, aunque bloqueada por una roca inmensa. Sin embargo no le había dado importancia, pensando que siempre podría pedir a alguien que me ayudara a apartarla. En el curso de un bombardeo me di cuenta de que solo una bomba conseguiría hacer saltar por los aires aquella roca y que yo misma me vería en un gran peligro; así perdí toda esperanza de poder apartarla y siempre tuve miedo de lo que se escondía detrás.»

«Todos se conmovieron con aquella historia, aunque en realidad no la creyeron, pese a tener allí delante a aquel niño vestido de monje, sin padres, mudo; pues nada aseguraba que de verdad fuese de Guernica.

—¿Y sus padres, monje? —quiso saber Dida, enternecida. El niño ocultaba la cabeza en el sayo del fraile, que se llevó un dedo a los labios como queriendo decir, «¡Silencio!», y prosiguió:

—Nuestro convento en Guernica sigue buscándolos y también los están buscando los nuestros de Tolosa y Perpiñán. No tardarán en dar con ellos y él podrá volver con su mamá —y con una mano acarició los rizos del niño, mientras con la otra, tras guiñarnos el ojo, hacía en el aire dos veces la señal de la cruz.

—¡Están muertos! —me susurró al oído Paco.

—Qué bonitos rizos tiene el ‘nin’ —dijo Dida, y se los acarició.

—¡Son tan bonitos que se los robaría! —dijo Antònia, a la que tanto gustaban los peluqueros y que siempre se hacía la permanente.

Para desechar la idea de aquellos padres muertos me concentré en nuestros rizos. Yo también los tenía, y Antònia también me decía a menudo que eran tan bonitos que le hubiera gustado robármelos. Y Paco también tenía rizos, pero no eran suaves como los míos, sino fuertes y ásperos.

—¿Por qué será que los mayores siempre quieren robarnos los rizos? —le susurré a Paco al oído. »

Las mujeres

«Más que una comida el guiso de caracoles era para mí un universo por explorar. Los caracoles sabían a tierra, los masticaba, curiosa, con una leve aprensión. Solo en guisos y en esa casa toleraba los dientes de ajo; dejaba que se me deshicieran en la boca. Esos ajos, primero dorados y luego cocidos largo rato en el caldero, parecían trocitos de carne, pero de un animal fantasma, quizás de un caracol muerto. Pese a mi recelo seguía pidiendo más. Y pensaba, “Si no me como los caracoles y el ajo ¡Dida dejará de quererme!”. De modo que no debía comérmelos porque fuesen buenos para la salud, como me exhortaba mamita en la mesa, o porque me harían crecer, sino únicamente porque a Dida le encantaban. Miraba a Dida a los ojos y le decía, “Aquest cargol sembla la teva orella”.»

«Yo me decía que mamita debería ocuparse solo de eso: de las flores y de las plantas conmigo a su lado. Sin embargo, se iba enseguida al salón. Sentados frente a frente, papito y ella fumaban y leían periódicos. Hablaban de la guerra. Hablaban de la guerra y sonreían; y todas las veces que yo presenciaba estas conversaciones suyas huía de la habitación. Solo con mi abuela podía hablar de la guerra, escondiendo la cara entre sus faldas.»

«—¿Y cómo se dice “traviata” en castellano?

—¿Cómo se dirá? No me viene a la cabeza... ¡bueno, se puede decir “puta”!»!

Entretanto, Antònia estaba en la antecocina embalandos los platos de diario. Me acerqué a ella y le pregunté:

—¿Me cuentas la historia de alguna ‘puta’?

Antònia se echó a reír y contestó:

—¡Qué dirá tu madre si te cuento historias de ‘putas’!

—Pero mamita me ha contado unas cuantas, todas sobre ‘putas’ de Nápoles.

—Y dime, ¿qué historias son esas?

Se las conté. Fue tal su asombro que se le cayó un plato.

—Ahora cuéntame alguna historia de ‘putas’ de Ciutat.

—Pero es que son todas iguales —dijo. Y en tono sibilino añadió—: Las ‘putas’ son mujeres a las que antes de casarse se les ha roto un plato.

—¿Cómo se dice ‘puta’ en mallorquín? —le pregunté antes de irme.

—Se dice “males dones”.

—¿Y cómo son las ‘males dones’? —le pregunté a Paco al día siguiente.

—¿Qué quieres decir con eso de cómo son? —respondió—. Todas las mujeres son ‘males dones’. Lo dice siempre mi tío el comerciante de ‘simbombes’, que va a vender por las fiestas. Dice, “A las mujeres hay que casarlas a los diez años, cuando todavía son niñas, y tenerlas encerradas en casa. Eso hacían antes los reyes, y los pobres como nosotros debemos tomar ejemplo de los reyes”. Así fue como para evitar el riesgo de convertirme en ‘traviata’ decidí no convertirme en mujer.»



Las fotografías son del álbum personal de la escritora y muestran escenas de su estancia en Mallorca.